

Virgilio Bejarano Sánchez (1922-2007) *In memoriam*

Lambert FERRERES

Universidad de Barcelona
lferreres@ub.edu

*Non hoc praecipuum amicorum munus est,
prosequi defunctum ignauo questu,
sed quae uoluerit meminisse,
quae mandauerit exsequi.*
Tac.ann.2,71,3

Decía Catón que el orador debía ser en primer lugar hombre de bien, luego, buen conocedor de su oficio. De lo primero D. Virgilio Bejarano hizo su forma de ser, de lo segundo, profesión constante. Conversador pródigo, deleitaba a quienes le escuchaban con su castellano rico y preciso, esa lengua que tanto amó, aprendida en tierra salmantina, donde vio la luz. Quizás remonta a aquella etapa primera de su formación, cuando cursaba estudios de bachillerato por enseñanza libre, ese espíritu suyo tolerante, abierto, también crítico, que más tarde, en el ejercicio de su magisterio, lograría transmitir a sus discípulos, una actitud ante la ciencia que solía resumir en el aforismo: *ueritas non est occupata*. Aún me parece oírle referir cómo aprendió latín de forma casi autodidacta con la ayuda de un resumen de gramática que el cura del pueblo le había anotado en un pliego de papel de barba. Cursó estudios de Filología Clásica en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca. Cuantas veces evocaba vivencias de su etapa universitaria, menudeaban con asombrosa precisión nombres y anécdotas de los profesores cuyas clases frecuentó, un magisterio sólido, que siempre quiso recordar con agradecimiento. Y en esta gratitud un lugar preeminente, muy especial, ocupaba la figura del maestro por excelencia, D. Antonio Tovar, recordado siempre al calor de un mutuo afecto.

Tras ejercer como profesor Adjunto en la misma Facultad de Filosofía y Letras, la vocación docente le llevó, como catedrático de Latín, al Instituto de Enseñanza Media de Lorca. De allí pasó a ocupar un lectorado de Español en las Universidades de Upsala y Estocolmo. Una preciada distinción oficial fue el reconocimiento a más de un decenio dedicado a la enseñanza y difusión de la lengua, la literatura y la cultura españolas en los países escandinavos. La huella de su magisterio perdura todavía hoy allí, sobre todo en forma de una cuidada gramática para la enseñanza superior de

la lengua española, redactada en sueco, de uso en las universidades de Escandinavia. Al margen de esta dedicación docente, su interés por las letras hispanas, afición compartida con Marina, esposa siempre solícita, se evidencia en diversos trabajos que jalonan su dilatada bibliografía.

En 1967 se incorporó a la Universidad de Barcelona como profesor Agregado de Literatura latina, pasando a ocupar más tarde la primera Cátedra. Se ganó muy pronto la estima y consideración de sus colegas de la entonces Facultad de Filosofía y Letras y con algunos llegó a estrechar lazos de amistad perdurable. D. Virgilio Bejarano —el doctor Bejarano— era una persona afable, de trato amable y exquisita cortesía, que rara vez elevaba el tono de su voz, pero también hombre de firmes convicciones y de una tenacidad a prueba de desaliento; había en su porte una autoridad que inspiraba respeto a la par que confianza.

Llegaba a la Universidad de Barcelona con un bagaje sólido, acrisolado tras años de estudio, y también con el aire de modernidad que le confería su prolongada estancia en Upsala. No dudó en poner a contribución su saber y su consejo en cuantas empresas fue llamado a colaborar. Sucedió a D. Mariano Bassols como director de los Cursos de Verano para Extranjeros, de larga tradición. Auspició, como Vicedecano de la Facultad de Letras, la andadura de la recién creada Universidad Autónoma de Barcelona. Su incorporación al departamento de Filología Latina supuso el inicio de una etapa fructífera, que se vendría a sumar a los logros de la llamada Escuela de Filología de Barcelona, prestigiada por la labor del profesor Mariano Bassols y de sus colaboradores, en especial, del profesor Joan Bastardas.

Conocía con profundidad aspectos tan diversos del amplio campo de la Filología Latina como variados son los temas de los numerosos trabajos que publicó; en ellos el rigor científico y la meticulosidad son una constante.

No es éste el lugar de hacer el elogio de sus trabajos, de su valía dan testimonio fehaciente reseñas y obras de prestigio que los incluyen como bibliografía de referencia. Con todo, creo necesario reparar en uno de ellos, un trabajo singular, publicado en 1975, en el número 3 de la revista *Durius*, con el título: «La filología latina: objetivos y métodos». Este trabajo, ordenado y clarificador, que ha guiado la elaboración de no pocas memorias y proyectos docentes, es una síntesis de la concepción que su autor tenía del quehacer filológico, un concepto y una metodología que siempre procuró transmitir a sus discípulos.

Porque, si importante es el acervo de sus publicaciones, más lo fue, si cabe, su capacidad de crear escuela. Las variadas líneas de investigación que impulsó dieron cabida a no pocos discípulos que se formaron bajo su guía y consejo. Siempre con la discreción que le era propia y con una generosidad impagable ejerció un magisterio eficaz, un magisterio que, alejado ya de la vida académica, seguiría aún ejerciendo con igual entrega.

Más allá de la gratitud debida, los que hemos sido sus discípulos tenemos contraída con él una deuda difícil de saldar: preservar y transmitir sin excesiva merma el legado recibido.

Con ocasión de cumplirse los veinte años de su magisterio en la Universidad de Barcelona, sus discípulos quisieron honrar al maestro con un Simposio en su honor,

celebrado en Sant Feliu de Guíxols en abril de 1988. Fue un tributo de gratitud merecido, fue también el reconocimiento público a una trayectoria de entrega generosa. Sin embargo, al final de su carrera le faltó ese reconocimiento por parte de la Institución en que ejerció su labor.

Nuestro doctor Bejarano era un hombre de bien y un hombre de ciencia. Hizo partícipes de su saber a cuantos el azar dispensó la suerte de su magisterio, regaló con su humanidad a cuantos la fortuna premió con su trato. A quienes tuvimos el privilegio de ambas cosas hoy nos aflige el dolor de una orfandad doble.